

## XIII

## EL ENCUENTRO

Algunos días después de las escenas que acabo de referir, y en una calurosa noche de Julio, Regina, apoyada en la ventana de su dormitorio, clavaba, con más afán que otras veces, sus negros ojos en las ventanas de la pobre casita que habitaba la familia de Rivera.

Aquel rayo amoroso de luna que había presidido otras veces las entrevistas de los amantes, bajaba del firmamento al oscuro callejón y reflejaba en los cristales de la casa de Justino.

Diríase que el astro de la noche huía de las ostentosas colgaduras del palacio de Villalta y se hallaba bien en aquella mísera vivienda.

El palacio estaba cerrado, excepto la ventana del aposento de Regina: en ella, y como una mármorea efigie engastada en un marco negro, se destacaba la deliciosa figura de la joven.

Su belleza había cambiado enteramente de carácter: el carmín de sus mejillas se había extinguido; sus labios, de púrpura en otro tiempo, eran

ahora rosados, y sus grandes y magníficos ojos habían perdido algo de su poderosa altanería para dar lugar á una expresión más dulce.

Sin embargo, su frente de mármol conservaba la misma impassibilidad altiva, y en vano era que todo el resto de su fisonomía hubiese dulcificado sus líneas, pues en aquella elevada y majestuosa frente estaba escrito con signos indelebles su carácter dominante, orgulloso y avasallador.

En la noche en que la presento de nuevo á mis lectores, se la hubiera podido tomar por la estatua de Diana esperando á Endimión. Regina esperaba también, y la ansiedad se pintaba en la apasionada mirada que clavaba en las ventanas de la casa de enfrente, como si hubieran tenido para ella una invencible atracción.

—¡Oh, cuánto tarda! murmuró con voz ahogada y cruzando sobre su pecho sus blancas manos, que temblaban de emoción y de impaciencia.

Volvió á reinar el silencio; pero el acento de Regina al pronunciar las anteriores frases encerraba un mundo de ideas y de pensamientos.

Y, en efecto, la joven había recordado, al dejarla escapar de sus labios, la metamorfosis que en el corto espacio de algunos días se había operado en todo su sér.

Ella, ante quien todo se doblegaba, estaba esperando ahora con tan incansable paciencia.

Ella, tan altiva, tan indomable, estaba allí tan exclusivamente dominada por su amor.

Estas reflexiones pasaban por la mente de Regina, sin que en ninguna de ellas se mezclase la imagen de sus padres, á los cuales desobedecía y engañaba; y sus ojos no tuvieron una lágrima, ni su corazón un pensamiento para aquellos dos seres que le habían consagrado su vida con tanta ternura y abnegación, y para quienes preparaba un porvenir lleno de dolor.

Aquella naturaleza, indómita ya de sí y viciada desde su nacimiento, estaba enteramente dominada por una pasión, fuerte como su alma, dura como su orgullo, é inamovible como sus creencias.

Abrióse por fin una de las ventanas, y la luna iluminó de lleno la pálida y hermosa cabeza de Justino.

—¡Cuánto te he hecho esperar, Regina mía! dijo con una voz melodiosa como un canto de amor; perdóname, añadió con tristeza; no tenía á quien encomendar el cuidado de mi madre y de mi hermana.

—¿Qué importa mi impaciencia pasada, si al fin logro verte? dijo Regina con profunda exaltación y sin fijarse un instante en la dolorosa tristeza con que pronunció Justino sus palabras.

—¡Mi madre se muere! murmuró éste con voz queda y medrosa, como si temiera oír el eco de sus propias frases.

—Cuando te veo, cuando te oigo, Justino, continuó Regina, que había apercibido el acento de su

amante sin comprender lo que decía; cuando escuché tu voz, todo lo olvido! ¡sí, todo! ¡La esclavitud en que vivo, la continua violencia que tengo que hacerme para no volar á tu lado, las horas que te espero ansiosa... sólo pienso en la dicha de oír tu acento y de mirarte!

—¡Perdóname, Regina, si mis pesares me privan de corresponder como quisiera á tu amor! ¡Estoy colocado entre el lecho de muerte de mi madre y el lecho de agonía de mi hermana!

Justino pronunció estas palabras con voz desfallecida y embargada por los sollozos: conociase que el corazón del infeliz joven se desgarraba.

Pero Regina, llevada de su impetuoso carácter, no pudo comprender lo que pasaba en aquel corazón dolorido, que necesitaba, más que amor, el bálsamo del consuelo: irguióse altanera, crispáronse sus manos y gritó con sorda y dolorosa cólera:

—¡Tu madre! ¡tu hermana!... ¡hé aquí los nombres que constantemente opones á mi pasión! ¡Justino! si tanto las amas, si ellas logran llenar tan completamente tu existencia, ¿por qué te mostraste á mis ojos para envenenar la mía? ¿por qué no sellaste tus labios, en vez de decirme que me amabas? Yo hubiera muerto antes que confiarte la pasión que me inspirabas, y tú hubieras vivido más tranquilo, pues para vivir te basta el cariño de tu familia.

—¡Regina! ¡me estás desgarrando el corazón!

exclamó Justino, de cuyas negras pupilas brotó una lágrima, arrancada por la fuerza de su dolor. ¡Regina! ¡el amor que no comprende ni consuela las amarguras de la persona amada, que no la alienta á cumplir sus deberes más sagrados, no es amor, ó si lo es, se asemeja á un torrente devastador que convierte un corazón en yermo! ¡Mi madre y mi hermana... se mueren!

—¡Yo no me acuerdo de mis padres, á quienes engaño por tí!

El silencio más profundo siguió á estas crueles palabras que Regina pronunció en medio de la mayor exaltación.

—¡Háblame, Justino, continuó la joven torciendo con fuerza sus blancas manos: háblame, aunque sea de tu familia! ¡Oiga yo tu voz, ya que me has prohibido que vaya á tu lado! ¡Ya que tu voluntad me encadena aquí, donde muero sin verte, como la planta sin ambiente y sin sol!

Un sollozo seco y profundo fué la única contestación que obtuvo su ruego.

—¡Ah, cuánto te hago sufrir! gritó con penetrante acento Regina, lanzándose á la ventana con los brazos extendidos y con un ímpetu tal, que se hubiera creído iba á precipitarse por ella. Oye, continuó tras una breve pausa, oye, Justino: voy á volar ahora mismo junto á tí; yo pondré fin á la miseria que os oprime: soy muy rica, tengo dinero, joyas y objetos de gran valor: yo quiero devolver á tu familia la dicha y el bienestar; la

amaré, puesto que te pertenece, y tendré por sola recompensa la felicidad de verte y de partir contigo tus pesares y tus alegrías.

—¡Gracias, Regina! repuso Justino con voz conmovida y triste; ¡gracias! jamás será mi amor el que te arrebate á tus padres y á tu dicha actual, para hacerte participar de mis desgracias.

—Pero yo soy muy rica, Justino: ¡la fortuna entera de mis padres me pertenece!

—¡Dios mío, no la arranquéis nunca semejante creencia! murmuró Justino, elevando al cielo una mirada de fervorosa súplica.

Pero aquellas palabras quedaron como ahogadas en sus labios: de súbito Regina vió pasar una sombra al lado del joven, que, por su elevada estatura, creyó ser la de un hombre: aquella sombra dijo algunas palabras al oído de Justino, y éste, dando un grito penetrante, se lanzó al centro de la estancia.

La sombra desapareció en pos de él.

Regina quedó apoyada en su ventana, pálida y temblando: los violentos latidos de su corazón le decían que algo extraordinario tenía lugar en la casita, y ella sabía que cualquier acontecimiento debía ser muy funesto.

De repente, otro nuevo grito, en el cual reconoció la voz de Justino, fijó toda su atención y escuchó palpitante y aterrada.

—¡Adiós, madre mía, adiós! gritó éste con tan penetrante acento, que traspasó el corazón de Regina.

Esta se dirigió presurosa á una escalerilla excusada que había en su alcoba y que daba á las habitaciones de las camareras.

Regina la bajó, y entró en el cuarto de Flavia.

—Vé á buscarme la llave del postigo, le dijo Regina con voz ahogada.

—Señorita, la tiene Juan en su cuarto.

—Pues la necesito.

Flavia bajó á la portería y se apoderó de la llave de la puerta pequeña del palacio, que estaba pendiente de un clavo.

—Es para el señor Marqués, dijo la astuta camarera, desapareciendo á los ojos del portero.

Regina tomó la llave que Flavia le presentaba; se lanzó por un pasadizo excusado; llegó á un ángulo del patio y salió por el postigo, cerrando tras de sí y llevándose la llave.

Un minuto después llamaba con mano trémula en la puerta de Justino.

Una mujer de alguna edad abrió y retrocedió asustada á la vista de aquella joven envuelta en un peinador blanco, más pálida que el alabastro y con los cabellos sueltos.

—¿A dónde va V.? preguntó al ver que se dirigía á la escalera: la señora acaba de morir, y la señorita está agonizando.

Regina no oyó estas palabras; precipitóse, como una cierva herida, en la primera estancia que halló abierta, y recorriendo las pobres cortinas de la alcoba, penetró en ella.

Dos lechos había allí: en el uno descansaba un cadáver, caliente todavía; Justino, arrodillado á los piés, ocultaba la frente entre las ropas, sollozando amargamente.

En el otro estaba acostada una joven, blanca, inmóvil, y, al parecer, sin vida: inclinado hacia ella, y mirándola con ansiedad, estaba el Coronel Arturo, con el semblante trastornado por un intenso dolor.

No obstante, al ruido que hizo Regina levantó la cabeza, y sus grandes ojos pintaron un hurrao y profundo asombro.

El orgullo de raza, el fuerte é indomable orgullo de la sangre, se levantaba en su pecho como una terrible tempestad.

—¡Mi prima aquí! murmuró sordamente.

Luego quedó indeciso y silencioso durante algunos momentos, mientras que la joven apoyaba en su hombro la cabeza de Justino.

—Vén, dijo por fin el Coronel; vuelve á tu casa, Regina: eres una niña, y sólo tu edad puede servir de disculpa á tan imprudente paso: vén, toma mi brazo: no puedo permitir que estés aquí ni un instante más

—Señor Vizconde, contestó Regina cruzando sus torneados brazos sobre su hechicero seno y mirando á su primo con su helada altivez; señor Vizconde, yo no le pregunto á V. por qué razón ha venido á esta casa, ni le exijo que salga de ella; no vuelva V., pues, á recordar hasta

que yo le hable, que nos hallamos en el mismo sitio.

Y dichas estas palabras, volvió la espalda al Coronel, ocupándose de nuevo en sostener la abatida cabeza de Justino y en consolarle con algunas palabras cariñosas.

---

## XIV

### LOS REGALOS DE BODA

Cuando la primera luz del alba penetró por los cristales de las pequeñas ventanas de la casita, Regina tendió en derredor suyo una mirada de tristeza.

Para ella, acostumbrada desde su nacimiento á la opulencia y á toda clase de comodidades, cuanto veía era extraño y la hería como una reconvención.

Comparaba aquella reducida, sombría y húmeda habitación, con las suntuosas que ella ocupaba en su espléndido palacio; aquellos muebles humildes y deteriorados, con el magnífico mueblaje que ella usaba; aquella atmósfera miserable y helada, con la saturada de aromas en que ella había pasado su vida; y al bajar los ojos sobre el hermoso sér que lloraba á su lado, sentía alzarse en su seno, más fuerte y voraz, el volcán de su pasión, y de su centro un ferviente deseo de hacer

dueño de cuanto poseía á aquel hombre, objeto é idolo de su primero y único amor.

Unico, sí, porque las mujeres del temple de Regina no pueden amar dos veces; consumen en su primera pasión toda la ternura que su corazón puede albergar, y éste se convierte en cenizas ó en nieve cuando muere su amor ó la persona por quien lo sentían.

Poco á poco fué apareciendo en el semblante de Regina una resolución firme é inmutable, y hubo un instante en que sonrió confiadamente ante las bellas imágenes que nacían en su alma.

Por fin se levantó del pequeño sofá donde había dos horas que se había sentado al lado de Justino; dirigióse á la alcoba, y fijó sus ojos en la apacible fisonomía de Eugenia, que permanecía sumergida en una especie de letargo.

La pobre niña estaba más blanca que las almohadas que sostenían su cabeza; dos magníficas y apretadas trenzas de cabellos castaños señalaban el gracioso corte de su pálida frente; sus ojos azules, cerrados por anchos y transparentes párpados, estaban guarnecidos de dos largas y rizadas franjas de oscura seda; y á pesar de los estragos que habían hecho en ella las fatigas y la enfermedad, aun conservaban sus facciones aquella blanda redondez de líneas que patentiza al mismo tiempo la inocencia del alma, la juventud de la vida y la dulce ternura de los sentimientos.

Sentado á corta distancia del lecho de Euge-

nia, y velando el cadáver de su madre, estaba el Coronel, con la frente apoyada entre las manos y como sumergido en un mar de dolorosas reflexiones.

—¡Arturo! dijo suavemente Regina, después de haber mirado durante algunos instantes al ya helado cuerpo de la señora de Rivera y la blanca y angelical figura de su hija.

El Coronel levantó la cabeza y se puso en pié, con aquella grave cortesía que nunca olvidaba con su prima.

—Vuelvo á casa de mi padre, Arturo, continuó Regina, y excuso decirte cuánto te agradeceré que evites á Justino todos los amargos cuidados que su posición ha de ocasionarle.

El Coronel se inclinó.

—A las cuatro de la tarde de hoy, prosiguió la joven con acento sereno y reposado, te esperaré en mi cuarto: no faltes.

—No faltaré.

Regina se arrodilló á los piés del lecho donde descansaba el cadáver de la señora de Rivera, y rezó con las manos cruzadas durante algunos momentos; luego besó á Eugenia en la frente, estrechó con pasión las manos de Justino y salió de la estancia, con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento, quizá por la primera vez de su vida.

Diez minutos después estaba en su cuarto.

Quitóse el peinador que se había puesto la noche antes, y se hundió en su lecho de pluma para meditar lo que iba á hacer.

Dos horas pasaron sin que Regina saliese ni un instante de la inmovilidad en que la tenían sus reflexiones, y sólo la llegada de su madre la volvió al mundo de la realidad; recibióla muda y fríamente, y permaneció como insensible á sus amantes caricias y á sus apasionados besos; pero una intensa palidez bañó sus facciones cuando ésta le dijo:

—Hija mía, mañana á las diez de la noche se firmarán los contratos; te he mandado hacer para este acto un magnífico traje de brocado azul celeste con palmas de plata; mira además el regalo que te traigo.

La Marquesa abrió un estuche de terciopelo blanco, y presentó á los ojos de su hija una cascada de perlas finas, de un tamaño muy notable.

—Mira, continuó, extendiendo las piezas del aderezo sobre la mesa de plata y de marfil que sostenía el tocador de Regina: ¡mira esta sarta de perlas para el cabello! ¡Mira qué soberbio collar! ¡qué preciosos brazaletes! ¡qué riquísimos pendientes! ¡Mira qué admirable flor para el pecho! ¡Una rosa blanca natural no es tan perfecta como ésta de perlas! Este aderezo me ha costado diez mil duros; pero nada hay demasiado caro para mi amada Regina.

La Marquesa abrazó apasionadamente á su hija, que permaneció silenciosa y helada.

La tierna madre la miró llena de asombro.

Aunque siempre testigo de la frialdad de Re-

gina, jamás había podido acostumbrarse á esta indiferencia que pecaba en ingratitude.

Eran siempre como el rudo viento de las noches de Diciembre azotando una delicada flor llena de aroma, de suavidad y de hermosura, que viviese oculta en el hueco de un árbol en un hermoso jardín.

—¿Qué es lo que tienes, Regina? preguntó la suave madre á la adusta hija; te veo triste, ceñuda... ¿tienes alguna pena? En ese caso, hija mía, confíasela á tu madre.

—No tengo nada, respondió la joven lacónicamente.

—Pues yo aseguraría que sí... Te veo descolorida, preocupada...; no, tú no estás como otros días.

Regina guardó silencio.

—Veo que no tienes confianza en mí, dijo su madre con tristeza; y esto, aunque ya lo sabía yo, me aflige profundamente, hija mía; las penas confiadas se quedan en la mitad, y cuando se confían á una madre, se alivian más todavía.

—Ya te he dicho, madre mía, que no tengo ninguna.

—Preciso es que te crea, y lo necesito además para mi sosiego, hija mía: no sabes tú cuánto sufro al verte triste... y eso no lo sabrás hasta el día en que tengas hijos... sólo siendo madre puede comprenderse lo que una madre vale. Pero vamos al salón, para que veas los regalos que te han enviado algunas de nuestras amigas.

—¡Regalos! dijo Regina con una especie de terror.

—¡Regalos, sí, y magníficos! ¿Pero por qué te extraña esto? Yo he tenido siempre la costumbre de enviar un recuerdo á todas las jóvenes de las familias relacionadas con nosotras que se han casado; las jóvenes son dichosas con cualquier pequeñez, y yo he sido también dichosa al saber el gozo que les causaba mi presente, y al ver la alegre gratitud impresa en sus rostros, la vez primera que iba á visitarlas.

—En verdad, mamá, repuso Regina gravemente, que debería tener celos al ver la ternura con que amas á todo el género humano y te interesas por él: ¡tu corazón es una mina de cariño que no se agota jamás!

—No se puede alcanzar cariño, si no se da también, hija mía, dijo Gabriela, lastimada del acento amargo de su hija, cuyo frío egoísmo pesaba como una escarcha sobre las flores de aquella alma; nadie que no ame será amado, y gracias que amando, que siendo benévolos y sufridos, alcanzamos en premio el aprecio de los demás.

—¿Y para qué es bueno el afecto de ese mundo injusto? preguntó desdeñosamente Regina; nada me importa á mí, madre mía, de ese mundo que exige y que no da.

—Tú nada sabes de eso, pobre ángel mío, dijo Gabriela; pero vén al salón á ver los regalos, que tiempo de sobra te quedará para comprender las amargas verdades de la vida.

La Marquesa, dichas estas palabras, cruzó sobre el pecho de Regina su rica bata de seda y recogió por sí misma los negros cabellos de la joven con un peine de nácar, con el mismo solícito cuidado que si contase seis años, encaminándose después ambas al salón.

Allí, y sobre una mesa larguísima, cubierta de damasco carmesí, se ostentaban brillantes y deslumbradores los regalos de boda.

La mesa ocupaba el centro, y la dorada luz de aquella bella mañana de estío iluminaba con cambiantes los presentes, yendo á quebrar sus rayos en las blondas y en los diamantes.

Aquellos regalos los debía Regina á su madre, porque ella, fría, altiva y casi dura, tenía en la sociedad pocas simpatías.

En cambio, adoraba á la Marquesa, tan amable y tan dulce; á la Marquesa, que si lo hubiera deseado, hubiera reunido en su casa la parte más distinguida de la alta sociedad madrileña.

Regina paseó una mirada indiferente sobre aquellos objetos, que constituían una fortuna; los regalos eran dignos de una Princesa Real.

En el centro de la larga mesa descollaba, sobre inmensas bandejas, una vajilla de plata para dos personas, con los armas de Regina grabadas en oro abrigado con esmaltes carmíneos.

En los dos extremos brillaban dos aderezos completos, de diamantes el uno, y el otro de rubíes.

Algo más lejos, una caja de sándalo mostraba



en su perfumado seno una colección de soberbios encajes.

Allí reía una familia china, con sus caras gordas y bonachonas, sobre una sombrilla blanca que parecía bordaba de oro y seda por los dedos de alguna hada.

Más allá, un abanico con varillaje de oro y clavillos de esmeraldas recogía pudorosamente su guarnición de plumas blancas y rosadas, que parecía robada de la corona real de una Princesa del Asia.

Después, innumerables cajas llenas de perfumes, frascos, cajitas para pastillas, de plata afiligranada, de nácar y de Carey; tres ó cuatro relojitos esmaltados y guarnecidos de perlas, rubíes y ópales; sartas de perlas para los cabellos; diademas de baile, de pedrería, y todo un adorno de flores de coral entre olas de encaje, para guarnecer un vestido.

Canastillas llenas de flores del más exquisito colorido y la más rara finura, conteniendo en el centro algunos pañuelos bordados, de vaporosa batista; una lámpara de plata maciza, compuesta de dos palomas; una copa de nácar y oro guarnecida de turquesas; collares, brazaletes, sortijas, cadenas de reloj, dijes, devocionarios encantadores, carteras llenas de guantes de un bordado exquisito; carteras para papeles; alfileres de brillantes para sujetar los cabellos, chucherías de tocador, y una infinidad de objetos necesarios á la coque-

tería de la mujer, y cuya posesión llena de alegría á todas las jóvenes de la edad de Regina.

Pero ésta no dió la más leve muestra de contento.

En vano su madre le fué enseñando todos aquellos objetos con su solícita ternura.

La joven la escuchó fría y distraída, y apenas prestó atención ni á las palabras de su madre, ni á los suntuosos regalos allí extendidos.

La magnificencia no había tenido jamás grandes atractivos para aquel espíritu sobrio y fuerte; y ahora, impresionada por su amor al pobre y desgraciado Justino, odiaba aquellas riquezas por la misma razón que la separaban de él.

—¿Qué te parece todo esto? le preguntó su madre. ¿No es verdad que hay aquí algunos objetos preciosos?

—No los encuentro tanto, respondió la joven ásperamente: esas señoras creían sin duda que yo no tenía pendientes ni brazaletes que ponerme, ni sombrillas con que quitarme el sol. Mamá, los regalos me parecen muchas veces una especie de insulto á la persona á quien van dirigidos, porque dan á entender que se la cree privada de lo que se lo da.

—Los regalos, hija mía, repuso la Marquesa, son á mis ojos el dulce recuerdo de la amistad y uno de sus mejores sostenes.

Regina iba á responder, pero la distrajo la entrada de su padre, que llegaba también para admirar los regalos.